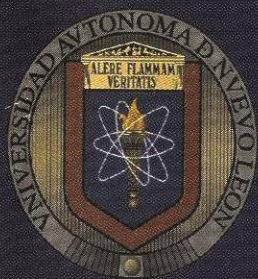


HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

2005



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Edición 32

humanistas a través del proceso educativo con el fin de que todos los niños que se educan en el futuro alcancen un nivel de desarrollo humano que les permita vivir con dignidad y justicia.

Conclusión

El ser humano es un ser libre y digno que merece ser educado en un sistema que respete su dignidad y le permita alcanzar un nivel de desarrollo humano que le permita vivir con dignidad y justicia. La formación humanista es el camino que nos permite alcanzar este nivel de desarrollo humano.

Es indispensable reconocer el significado que tiene la formación humanista para el desarrollo humano. La formación humanista es el camino que nos permite alcanzar un nivel de desarrollo humano que le permita vivir con dignidad y justicia.

La formación humanista es el camino que nos permite alcanzar un nivel de desarrollo humano que le permita vivir con dignidad y justicia. La formación humanista es el camino que nos permite alcanzar un nivel de desarrollo humano que le permita vivir con dignidad y justicia.

En cuanto a la parte sistemática filosófica, nos centraremos en la muerte, la ética, la teología moral y la teodicea, esta última como preparación e introducción a la teología propiamente dicha. Y de la teología propiamente dicha, señalaremos algunos aspectos de la dogmática, tanto del tratado de Dios uno y trino como del tratado de la Cristología. En todos esos ámbitos se muestra fiel seguidor de Santo Tomás de Aquino y, de modo muy especial, de Karol Wojtyla, es decir, del Papa Juan Pablo II. Por ello nos parece que la obra de Aguayo responde a una intencionalidad de desplegar una filosofía cristiana, que no niega conexiones con la teología o desembocaduras en ella.

Referente a la historia de la filosofía en México, señalaremos sus estudios sobre Agustín Basave Fernández del Valle, Mauricio Beuchot, Eduardo García Máynez y Emma Godoy.

LA FILOSOFÍA CRISTIANA DE ENRIQUE AGUAYO

Dr. Mauricio Beuchot
Instituto de Investigaciones Filológicas
Universidad Nacional Autónoma de México

Introducción

Enrique Aguayo se ha consolidado como un notable filósofo mexicano. Ha cultivado tanto la historia de la filosofía como la filosofía sistemática. Inclusive, la historia de la filosofía de México, en la que tiene mucha obra escrita y publicada, y por la que es tal vez más conocido. Pero también tiene obra sistemática, tanto en temas filosóficos como en temas teológicos, por lo que se puede llamar a su reflexión perfectamente filosofía cristiana.

En cuanto a la parte sistemática filosófica, nos centraremos en la muerte, la ética, la teología moral y la teodicea, esta última como preparación e introducción a la teología propiamente dicha. Y de la teología propiamente dicha, señalaremos algunos aspectos de la dogmática, tanto del tratado de Dios uno y trino como del tratado de la Cristología. En todos esos ámbitos se muestra fiel seguidor de Santo Tomás de Aquino y, de modo muy especial, de Karol Wojtyla, es decir, del Papa Juan Pablo II. Por ello nos parece que la obra de Aguayo responde a una intencionalidad de desplegar una filosofía cristiana, que no niega conexiones con la teología o desembocaduras en ella.

Referente a la historia de la filosofía en México, señalaremos sus estudios sobre Agustín Basave Fernández del Valle, Mauricio Beuchot, Eduardo García Máynez y Emma Godoy.

Antecediendo a esos temas presentamos breves rasgos biográficos de nuestro autor.

Universidad Autónoma de Nuevo León

1. Biografía

Enrique Aguayo es Licenciado y Maestro en Filosofía por las Universidades La Salle y Nacional Autónoma de México; es profesor en la Escuela de Filosofía de la Universidad la Salle; en esta misma Universidad es editor de las revistas LOGOS y VERA HUMANITAS; ha escrito más de cincuenta artículos filosóficos en Revistas especializadas, asimismo elaboró artículos para el *Diccionario Enciclopédico de Grandes Filósofos*; ha participado en programas de televisión y radio. Es autor de trece libros, dos de los cuales permanecen inéditos (probablemente vean luz pública este año).

2. Meditación sobre la muerte

La filosofía ha sido considerada en una extensa tradición como *meditatio mortis*, por eso el trabajo de Enrique Aguayo nos parece el intento de hacernos recordar un aspecto capital del filosofar mismo¹. La vida del hombre tiene como ingrediente principal la reflexión, y el tope de la vida con la muerte no puede sino ponerlo a pensar. Ciertamente es en buena medida misterio, pero el hombre siempre ha ensayado el filo de su reflexión con los misterios, por más que en la mayoría de los casos no llegue sino a producir pequeños rasguños en ellos. Tocar el misterio, la gran ambición –y necesidad– del hombre.

Es muy distinta la actitud del hombre ante la muerte si se tiene la creencia en la inmortalidad (concepto, éste, que Aguayo cambia por el de eviternidad) que si no se tiene. En caso de no tenerse, la muerte es mero término; pero si se tiene, la vida presente continúa de alguna forma en la otra. Además, con ello entronca la idea de que nuestro comportamiento en esta vida tendrá repercusiones en la otra. En efecto, cuando se acepta la idea de la inmortalidad, de inmediato se asocia con la idea de un Dios juez, y con la sospecha de que la conducta moral actual labra en la otra el premio o el castigo; pero esa posibilidad de ser premiado o castigado por lo que se ha hecho reclama la creencia en la libertad. Si no hay libertad, no hay responsabilidad, y, por ende, no podrá haber sanción alguna. Esto verdaderamente condiciona la vida y la determina con ciertas perspectivas.

¹ Aguayo, Enrique, *Meditación sobre la muerte. Una visión esperanzadora*, Ed. Basilio Núñez, S. A. de C. V. y Nueva Librería Parroquial de Clavería, S. A. de C. V., México, 1999.

Más frente a esto pueden adoptarse varias actitudes. Dejando de lado la espinosa idea de la predestinación, puede asumirse la actitud de miedo y de vigilancia para no ser merecedor de castigo, por pensar en un Dios premiado y castigador –sobre todo castigador– que está listo para atrapar al hombre pecador en cuanto se le acabe el tiempo de su libertad con la muerte. O se puede tener otra actitud muy distinta, la de pensar en la otra vida como el encuentro con un Dios bueno, que ha hecho un llamado y una invitación al hombre para que viva como hijo suyo, para ser después llevado a la plenitud del amor en ese encuentro gozoso con Él.

Se ha dicho que la muerte se ha vuelto un asunto privado, mientras que la sexualidad se ha vuelto un asunto público (siendo que antes era al revés). La vida sexual, las costumbres sexuales, casi de todo tipo, se exhiben en los medios de comunicación, mientras que la agonía del moribundo se esconde, se oculta a la vista de los demás; parece que aterra ver el proceso del morir. Antes era casi un acontecimiento público, que congregaba a la familia y deudos en torno al moribundo, y ahora sólo muy pocos soportan estar presentes, o están solamente los más cercanos a la persona. Inclusive se ha acuñado en los hospitales la expresión “enfermos terminales” para evitar la alusión directa a la muerte.

En ese espíritu, parece que también ahora la pregunta por la muerte se ha querido esconder, y hasta sabotear. Sin embargo, es la pregunta más rica. Tal vez haya sido la muerte, el misterio de la muerte, uno de los máximos factores de admiración y perplejidad en el hombre, de modo que es lo que más lo ha movido a hacer metafísica. De hecho la metafísica, al ser trascendencia de lo físico, va más allá de lo dado y hurga en el misterio, en la posibilidad o no posibilidad de algo más allá de la muerte. Ha habido épocas de la filosofía, como hace poco el existencialismo, en que la muerte sirvió de motivo más importante del filosofar mismo. Tanto Heidegger como Sartre vieron a profundidad el carácter de ser-para-la-muerte que tiene el hombre. Pero justamente del sentido que se dé a la muerte dependerá la actitud filosófica con respecto a esta vida presente. El propio Heidegger, a mi modo de ver, dio a la vida filosófica una intensa peculiaridad de hermenéutica de la muerte, de *meditatio mortis*.

Sólo si la muerte se pone como pregunta para el hombre, como problema y cuestión, se vuelve, además de un hecho ineludible, una

responsabilidad que afecta la vida. ¿Qué significa para mí la muerte? ¿Qué quiero que mi muerte signifique para mí? ¿Qué deseo que signifique para los demás? Casi siempre, espontáneamente, pensamos que queremos algún tipo de recuerdo nuestro en el interior de los semejantes. Es el recuerdo, la rememoración y el llevar a los otros, o ser llevado por los otros, en el corazón. Para algunos a eso se reduce el que quede algo de nosotros después de la muerte. Para otros el perdurar, el pervivir, la inmortalidad, el inmortalizarse o ser inmortalizado es el resultado de la acción salvadora de un Dios.

3. Reflexión sobre la ética

Enrique Aguayo tiene un texto de ética² que es muy útil y oportuno por varios motivos. Es una exposición bastante completa de la ética. Creo que servirá mucho para aquellos que se inician en el difícil campo de la filosofía moral.

En primer lugar, expone la noción de filosofía y ubica la ética dentro del ámbito de las disciplinas filosóficas. Después da la definición de ética, tanto etimológica como real. A continuación explicita la moral como la consideración de las costumbres, con lo cual ésta precede a la ética, la que tiene ya un papel no meramente descriptivo, sino valorativo y prescriptivo. Justamente se basa en la moral para añadir una valoración y una obligatoriedad.

Pasa a establecer las relaciones de la ética con otras disciplinas, que pueden ayudarla en sus disquisiciones. Luego aborda el arduo problema del bien y del mal, ya que es un problema ontológico, que repercutirá en la noción de bien y de mal morales, referidos a la ética como tal.

Viene en seguida la axiología, la que es un punto de entrada para la ética, pues lo que vamos a practicar como ético primero lo vemos como valioso, es el valor ético. Aquí observo un trabajo muy personal de Aguayo, consistente en tomar varias cosas de axiólogos mexicanos, pero dándoles un sesgo original y propio, sobre todo en las nociones de bien y valor, tragedia, equilibrio e ideal axiológicos.

Los fundamentos psicológicos de la ética llegan a continuación, y están concernidos, como es lógico, con el conocimiento y la voluntad,

² Aguayo, Enrique, *Ética general*, Ed. Basilio Núñez, S. A. de C. V. y Nueva Librería Parroquial de Clavería, S. A. de C. V., México, 2004.

para desembocar en la libertad humana, única que puede fundar la responsabilidad y, por lo tanto, la eticidad de las acciones. Veo, aquí, una aportación original de Aguayo: los principios de la libertad que completa con los principios de la responsabilidad.

Se concede una importancia fundamental al fin del hombre, en su aspecto natural, que es lo que guía la moral filosófica. El fin es el bien, y tiene grados; hay que buscar el más independiente. Éste se da en la felicidad, pero a través de la perfección de la vida virtuosa.

También la acción humana recibe un tratamiento detallado. Los actos del hombre, que son neutrales, dan paso a los actos humanos, que sí son responsables. Aguayo introduce una reflexión muy personal haciendo ver que actos del hombre, como beber, comer, etc., se conectan directamente con los actos humanos, ya que dependiendo de cómo se hagan, pueden ser buenos o malos moralmente. Asimismo, hay una meditación propia de Aguayo en cuanto a los efectos de la conducta moral, en la que considera el problema del doble efecto y del mal menor.

Pasa después a la norma ética, que es la ley, norma remota, pero rectora de la vida moral, y a la conciencia, que es la norma próxima. En relación con la autoridad que pone la ley es que se da una responsabilidad para el hombre. Hay grados de responsabilidad y atenuantes de la misma, de acuerdo con las circunstancias del acto.

Hay todo un análisis del acto moral, como la finalidad, el juicio de valor, la intención, las circunstancias, los medios, la consecución del fin y las consecuencias de ésta. Capítulo principal es el de los hábitos y virtudes, señalando las cardinales como las más relacionadas con la ética. No puede ser menos, la virtud está conectada con el valor moral; de hecho los valores morales se realizan mediante las virtudes que les dan alcance.

Es indispensable destacar el apartado XVIII, Temas especiales de ética, donde Aguayo aborda, con seriedad y profundidad, cuatro temas capitales y muy delicados: juramento, mérito, promesa y secreto.

Termina con un capítulo dedicado al criterio de moralidad y con una conclusión. La cuestión del criterio moral es algo ya muy trabajado por Aguayo, y me parece que es uno de los capítulos mejor logrados. En las conclusiones se nos sintetiza lo que hemos aprendido al leer y estudiar este libro.

El texto de Enrique Aguayo tiene valores muy altos. Es claro, conciso y tiene múltiples ejemplos sacados de la vida cotidiana, que ilustran claramente los temas tratados. Es una muy buena introducción a la ética. Y tiene la virtud de orientar en el proceloso piélago de la acción humana, para llevarla a un buen fin.

4. La teología moral

Nuestro autor también se ocupó de la moral en perspectiva teológica³.

Se ha dicho que la moral cristiana parte de un principio formal o vacío: "haz el bien y evita el mal". Pues, se añade, cada quien puede entender el bien (y, consiguientemente, el mal) como le plazca, no habría ninguna unanimidad. Por ende, no se podría universalizar el contenido material de ese principio formal. Pero hay dos cosas de las que la moral cristiana echa mano, y son (a) el estudio de la naturaleza del hombre y (b) lo que Dios le reveló acerca del hombre mismo creado por Él. Es decir, se utiliza una antropología filosófica y una antropología teológica, que, combinadas, llevan a conocer al hombre para así normar convenientemente su conducta.

Por eso vemos en el libro de Enrique Aguayo que se conjuntan la perspectiva filosófica y la teológica, para edificar una moral cristiana. Ciertamente su perspectiva es más teológica que filosófica, pero no olvida a esta última en ningún momento. Es el sentido que Santo Tomás daba a la teología, como la utilización de la Filosofía, esto es, del saber humano, para estudiar y presentar el mensaje revelado.

Resulta muy necesario poner los principios de la moral al alcance de la mayoría, y es lo que intenta nuestro autor con su notable esfuerzo de escribir una obra sencilla y comprensible. Esto encierra mayores dificultades que lanzarse al vuelo de la especulación abstracta o libresca. Exige remitir a lo concreto, a la experiencia de la vida. Y requiere además una expresión que cuidadosamente evite la complejidad y la complicación.

La importancia de dilucidar lo más posible un criterio de moralidad se ve sobre todo ahora, cuando muchos pensadores han querido convencernos de que no hay criterios, ni reglas, ni principios. Sólo

³ Aguayo, Enrique, *¿Cómo distinguir el bien del mal? (Elementos de moral cristiana)*, Ed. Universidad La Salle, A. C., México, 1997.

existiría el punto de vista, el enfoque, la circunstancia, todo relativo a la persona. Pero eso es dejar la moral al individuo, a sus intereses y caprichos. Por ello conviene, aunque sea moderadamente y sin rigideces morbosas, plantear criterios claros y firmes. Tal vez sean pocos y muy generales, pero suficientes para que la persona los aplique en su acción concreta. El mérito principal del libro de Aguayo reside en esta búsqueda de criterios orientadores a la vez que educadores de la libertad.

Él va recorriendo varias instancias de la moral cristiana que son básicas para la estructuración de la vida moral: los mandamientos, las obras de misericordia, las virtudes, los dones, las bienaventuranzas. Igualmente alude a los sacramentos, que son las ayudas para recibir, recobrar o incrementar la gracia de Dios en el hombre. Eso lo hace un tratado bastante completo.

Una cosa que resalta en este libro es, en el apéndice sobre la oración, la utilización de esa oración que es el Padrenuestro. Nuestro autor supo partir de una breve exposición de esa plegaria, enseñada de manera especial por Cristo a sus discípulos, para desplegar sus pensamientos sobre el tema de la oración. También da un lugar prominente a la lectura de los salmos como ayuda para orar.

Es muy oportuno este libro del Prof. Enrique Aguayo, porque presenta una alternativa a las ofrecidas por los que ahora detentan la enseñanza de la moral, que son, por desgracia, los medios de comunicación masiva. Duele pensar en los patrones de conducta y paradigmas morales que inculcan, por ejemplo, el cine y la televisión. Por eso resulta reconfortante el ver que este libro da otro paradigma, muy diferente, de acción moral.

5. La teodicea y la teología dogmática

Otro libro de Aguayo de filosofía sistemática es un estudio de la teodicea de Juan Pablo II, o bien un tratado completo de teodicea a partir de los escritos del pontífice⁴. Es decir, es todo un recorrido por los temas clásicos de la primera parte de la *Suma Teológica* de Santo Tomás,

⁴ Aguayo, Enrique, *La teodicea de Juan Pablo II. Reflexiones filosófico-teológicas sobre Dios Padre*, Ed. Basilio Núñez, S. A. de C. V. y Nueva Librería Parroquial de Clavería, S. A. de C. V., México, 2004.

sobre la existencia y la esencia de Dios, aunque desarrollada en un sentido distinto, más amplia y actualizada.

En efecto, además de tener los contenidos usuales sobre la existencia y las propiedades principales de Dios que desarrollaban los manuales antiguos, este libro presenta elementos nuevos, que no eran habituales en los tratamientos anteriores, más bien apegados a la manera en que el Aquinate había expuesto en su famosa obra. Tampoco es que se aparte de ellos, sino que más bien los añade y amplía.

Tiene partes tradicionales, como la reflexión sobre el empleo de la filosofía en la reflexión sobre Dios. También el capítulo sobre la teología y sus diferentes tipos. Lo mismo acerca de los motivos para hablar de Dios, los modos de este discurso sobre Él y el estudio racional de las pruebas de su existencia, es decir, la teodicea.

Como puede verse, el Sumo Pontífice une dos caminos para saber quién es Dios: la sana razón o filosofía y la Revelación o teología. Aquella es el esfuerzo de la razón humana para descubrirlo a través de los vestigios que dejó en su creación: "De la grandeza y hermosura de las creaturas, se llega, por analogía, a contemplar a su Autor" (Juan Pablo II). La Revelación es lo que Dios mismo dijo de Sí a los hombres a lo largo del tiempo, quedando escrito en la *Biblia*.

Es necesario reunir los datos aportados por la filosofía y por la Revelación porque el hombre, por sí mismo, descubre pocos atributos de la esencia divina. Mas si recurre a lo que Dios dice de Sí mismo, el conocimiento sobre Él será más completo, aunque no exhaustivo, pues su Ser es un misterio inescrutable: "Si lo conoces no es Dios" (Juan Pablo II).

Pero en el desarrollo de esos temas, aparecen cosas novedosas, que vienen ya en el pensamiento del Papa. Por ejemplo, recurre a las ciencias naturales, para aportar pruebas de la existencia divina tomadas de la expansión del universo, de la organización de las partículas de materia y de la belleza del universo. Ciertamente estas dos últimas pruebas tienen que ver con la prueba tomista por el orden del cosmos, pero van más allá.

Asimismo, en la parte de la esencia de Dios, esto es, de sus atributos, encontramos ciertamente los que se le han aplicado en la tradición, como padre, santo, bondadoso, personal, creador, trascendente, sabio, el que es, glorioso, escondido, eterno, espíritu, verdad, perfecto, omnipotente, infinito, omnipresente, Dios de la alianza, justo, fiel y amoroso; pero

también se añaden otros, que tal vez son complementarios de los anteriores, mas que no dejan de tener su novedad, como majestuoso, invisible, indulgente, moderado, paciente y ejemplar, que nos hacen ver aspectos de Dios que son muy importantes para nuestra vida concreta. Esto habla de la preocupación, no sólo teórica, sino también práctica o espiritual/pastoral, del Pontífice.

Para Aguayo, los atributos, que son la esencia de Dios, proporcionan un "retrato" hablado de Él.

La tercera parte es una reflexión profunda sobre los vínculos entre la razón y la fe, esto es, la filosofía y la teología. Se ve, por supuesto, la armonía entre las dos, y su complementación, de modo que no sólo no se entorpecen en sus labores propias, sino que aun se ayudan mutuamente, cuando se usan bien. La razón puede dar claridad a la fe, y la fe puede dar profundidad a la razón. De ahí que la filosofía puede hacer muchas aportaciones a la teología, pero también la teología a la filosofía.

En todo caso, es muy de agradecer esta obra del Prof. Enrique Aguayo sobre teodicea, siguiendo las huellas de Juan Pablo II en los diversos escritos que éste ha entregado a los seres humanos, como destinatarios que son de su labor y sus desvelos.

6. Dios uno y trino

En otro libro, Aguayo nos habla del amor de Dios, uno y trino, según la teología de Juan Pablo II⁵. Como se ve, Aguayo es ya uno de los mejores conocedores del pensamiento del Papa, y ahora aborda un tema teológico que es fundamental. En efecto, desde la creación hasta la consumación en la gloria, nos encontramos con un misterio de amor, desplegado por Dios para con los hombres. Aunque a veces no se ve muy de manifiesto ese amor, por las circunstancias de la existencia, aun allí los ojos de la fe logran captarlo.

Aguayo comienza por mostrarnos que Dios en sí mismo es amor. Y allí se habla del amor como uno de los constitutivos esenciales de la divinidad, considerado desde la unidad. Ya al ver a Dios como creador, como providente y como persona, se nos presenta como alguien que ama. Mucho más se ve esto al considerar a Dios desde la perspectiva de

⁵ Aguayo, Enrique, *El amor de Dios Trino y Uno en la teología de Juan Pablo II* (inédito).

la trinidad, pues es toda en sí misma un misterio de amor: el Padre ama al Hijo, el Hijo ama al Padre y el amor de ellos es el Espíritu Santo. Pero todavía se ve más a las claras ese amor cuando se lo mira proyectado hacia los hombres. El Padre por amor ha creado, a través de su Verbo o Hijo, todas las cosas, sobre todo a los hombres, y les difunde su Santo Espíritu como un regalo de amor.

También utiliza Aguayo la providencia para hacernos entender que es un modo del amor de Dios, un amor providente, que, a pesar de la permisión del mal (tanto físico como moral), se cierne sobre el hombre y lo protege; es que lo principal que le interesa es la salvación del hombre, y ésta a veces requiere del dolor o sufrimiento para darse. También en la redención se muestra el amor de Dios, aunque más intenso, pues se trata de la misericordia con el hombre pecador; y ahí la prueba es que envió a su Hijo al mundo, para dar su vida en aras de nuestra manumisión del pecado. Todo lo que hizo Jesús en este mundo: milagros, predicación, pasión y muerte, ha sido para llevar a cabo esa empresa de amor que le encomendó su Padre. En cuanto a la permisión del mal por parte de Dios, a fin de darle explicación, Aguayo usa acertadamente la imagen de Jesús como el buen samaritano de su parábola.

De una manera especial resalta nuestro autor la ley del amor dada por Jesucristo. El amor de caridad, que es el amor cristiano, supera al amor humano, y necesita de la gracia para ser alcanzado, pues supone mucho de renuncia y desprendimiento. Esto es lo que Jesús vino a enseñarnos, y hemos de imitarlo. La imitación de Cristo adquiere un lugar capital en la obra de Aguayo. Todo esto lo va exponiendo mediante la doctrina explícita del Papa Juan Pablo II.

También hace este autor la comparación entre el amor, la justicia y la misericordia. Estas características están bien equilibradas y armonizadas en Dios, aunque, misteriosamente, acaba por predominar la misericordia sobre la justicia. Pero eso muestra más el amor constitutivo de Dios, y nos hace darnos cuenta de que hemos de ser muy serios con Él, no abusar de su bondad, sino ser generosos con nuestros prójimos.

Finalmente, Aguayo explicita detalladamente el amor de Dios por su Iglesia. Es donde más resalta su seguimiento de Juan Pablo II, ya que, al ser éste el Papa actual, tiene una conciencia especial, como sucede en todos los buenos pontífices que ha habido, de la presencia de Dios en la Iglesia y del acompañamiento que Éste le da en su historia, concretamente en el momento presente.

Por eso se trata de una obra muy buena y útil, que debemos agradecer a la bien cortada pluma del Mtro. Enrique Aguayo, autor que ya nos ha entregado otros libros de filosofía y de teología, específicamente siguiendo el pensamiento de nuestro Papa actual.

Tenemos ante nosotros un libro que busca, ante todo, servir a los demás: presentar la doctrina cristiana llevado por la mano segura y firme del Papa. Aun como teólogo particular, nuestro pontífice se ha distinguido por haber recibido una formación filosófico-teológica en la Universidad Santo Tomás de Aquino, de Roma, dirigida por los dominicos, y eso se plasma en sus escritos.

7. La reflexión cristológica

Enrique Aguayo consagra otro libro al sentido de la muerte de Cristo en la cruz según Juan Pablo II⁶. Es un tema de capital importancia para el cristiano, pues en él se centra uno de los misterios fontales del cristianismo. El misterio de la muerte de Cristo en la cruz se conecta con todos los demás, ya que nos habla de la Trinidad, con la Encarnación, etc., etc. Y el ser tratado al trasluz de las meditaciones del Papa hace que el tratamiento de Aguayo tenga aun más interés, porque se trata de este jerarca como filósofo y teólogo, no como el dirigente de la cristiandad.

La dinámica del libro de Aguayo va indicando algunas de esas relaciones del misterio de la cruz con otros misterios del cristianismo. Desde el ámbito de la vida divina, al interior de la Santísima Trinidad, se habla de Jesús como Hijo de Dios. El Padre nos da a su Hijo, que es el Verbo divino, la segunda persona, que se encarna en Jesucristo. Esa entrega fue para salvarnos del pecado, el cual es explicado por Aguayo en todas sus modalidades, y de las cuales hay que resaltar el pecado original, entendido como la proclividad de todo hombre al mal, que de hecho es puesta en práctica cuando se cometen los pecados actuales.

La vida de Cristo, incluida su pasión, es, pues, un don del amor de Dios. Se trata de un amor misericordioso. En esto reside precisamente la revelación y la manifestación de Dios como amor. En lugar de pedir sacrificios de otras víctimas, como en otras religiones y en el Antiguo Testamento, Dios se ofrece a sí mismo, en la persona del Hijo, y con ello

⁶ Aguayo, Enrique, *El sentido de la muerte de Cristo en la Cruz, según Juan Pablo II*, Ed. Basilio Núñez, S. A. de C. V. y Nueva Librería Parroquial de Clavería, S. A. de C. V., México, 2004

nos da la salvación. No es posible otra expresión de amor mayor que ésta de la muerte de Jesucristo en la cruz.

En cuanto al sentido teológico de la muerte de Jesús, Aguayo expone lo central del misterio pascual: Cristo es el mediador entre el hombre y Dios Padre; también promete al Espíritu Santo, y por él éste se allega al hombre. La muerte de Jesús engendra una nueva vida en el hombre, e incluso alcanza un nivel cósmico su sacrificio, pues renueva a todo el universo. Además, Aguayo conecta el sacrificio de la cruz con el sacramento de la Penitencia y con el de la Eucaristía, pues de la pasión de Jesús surge la reconciliación y la comunión con Él. Igualmente, en el trabajo de Aguayo se hace ver la vinculación de la Virgen María con el misterio de la cruz, como corredentora y medianera de todas las gracias.

Un capítulo muy importante es el que relaciona el sufrimiento humano con la cruz de Jesucristo. Se nos hace ver cómo Jesús vence el mal, tanto en su dimensión de pecado como en su dimensión de sufrimiento. Sobre todo da sentido al sufrimiento inocente, pues él mismo fue víctima inocente para la salvación de nosotros, verdaderos culpables. Y es que el sufrimiento se da para crecer y llegar a la gloria. De hecho, la resurrección es la que ilumina la pasión, le da un sentido. Por eso para el hombre se abre la perspectiva de poder estar alegre en medio del dolor.

Además de esas explicaciones filosófico-teológicas del sufrimiento de Jesucristo en la cruz, el libro tiene dos apéndices: uno acerca de la excelencia de la religión cristiana, que es muy ilustrativo; y otro que consiste en un vocabulario, el cual resulta sumamente útil para los lectores, pues es difícil estar familiarizado con esos términos filósofos y teólogos. La obra de Aguayo vuelve a manifestar su espíritu de servicio, al compilar una bibliografía muy útil sobre la temática tratada.

Sobre todo por el tema, tan nuclear para la religión cristiana, es de agradecer el libro de Enrique Aguayo. Puede decirse que es una obra clara, didáctica y con afán de servir. Eso hace de su libro algo más que una exposición académica, lo coloca como un texto que tiene que ver con la espiritualidad, es decir con la vida práctica del cristiano. En esa línea, dará orientación a muchos que buscan tomar su cruz de cada día para llegar un día a la glorificación.

8. Historia de la Filosofía en México

Nuestro autor ha consagrado tiempo a sistematizar la obra de filósofos mexicanos como Agustín Basave Fernández del Valle, Mauricio Beuchot, Eduardo García Máynez, Emma Godoy, etc.

Aguayo inició sus estudios sobre la filosofía de Agustín Basave Fernández del Valle con su tesis de licenciatura, mas no se quedó allí, sino ha ido profundizando la obra del pensador regiomontano, de quien ha publicado: *La re-ligación ontológica del hombre con Dios*, en LOGOS, Revista de Filosofía, n. 49, Ed. Universidad La Salle, 1989, *La axiología de Agustín Basave*, en LOGOS, n. 70, 1996, *Aproximación al pensamiento filosófico de Agustín Basave*, en ESTUDIOS, n. 46, Ed. ITAM, 1996, *La muerte en la filosofía de Agustín Basave*, en ANUARIO HUMANITAS, Universidad de Nuevo León, México, 1998, *La filosofía de la educación de Agustín Basave*, en LOGOS, n. 82, México, 2000, *Dios en la filosofía de Agustín Basave*, en ANALOGÍA, año XIV, n. 2, México, 2000, *La pena de muerte debe ser abolida, según Agustín Basave*, en VERA HUMANITAS, n. 30, Ed. Universidad La Salle, México, 2000, etc.

Sobre las reflexiones de quien esto escribe, Aguayo tiene publicados, hasta el momento, tres libros: *Pensamiento e investigaciones filosóficas de Mauricio Beuchot*, Ed. Universidad Iberoamericana, México, 1996, *La hermenéutica filosófica de Mauricio Beuchot*, Ed. Ducere, México, 2001 y *La filosofía analógico-icónica de los derechos humanos en Mauricio Beuchot*, Ed. Ducere, México, 2004.

Los estudios aguayanos acerca de Eduardo García Máynez están en dos libros: *García Máynez 1908-1993*, Ediciones del Orto, Madrid, España, 2000, e *Introducción al pensamiento jurídico-filosófico de Eduardo García Máynez*, Ed. Universidad La Salle, México, 2000.

Finalmente, las meditaciones de Aguayo sobre Emma Godoy se encuentran en el libro intitulado *El pensamiento filosófico de Emma Godoy*, Hoja Casa Editorial, S. A., México, 2000.

9. Conclusión

Por todo lo anterior, podemos apreciar el trabajo que ha realizado Enrique Aguayo como filósofo cristiano. Ha recorrido temas filosóficos muy interesantes e importantes, pero no ha dejado de lado la fe, y hasta ha incursionado en el campo de la teología. En todos los libros que hemos comentado se nota el afán de servir a los creyentes que quieren

ser asimismo pensantes. Su intención es la de brindar un apoyo desde la filosofía a las doctrinas cristianas que llegan por la revelación y la teología. Eso fue lo que hicieron los primeros filósofos cristianos, como San Justino. Realizaban apologética, pero también una profundización filosófica en los temas de la fe cristiana. Algunos han cuestionado la existencia de una filosofía cristiana, y aun su posibilidad, ya que consideran que, por estar guiada por la fe, carece de valor plenamente racional; pero eso sucede si los contenidos de fe se toman como premisas para demostrar lo que se desea, y no si son tomadas como puntos de llegada en los que se desea concluir. Y esto es lo que ha hecho que la obra de Aguayo sea claramente filosófica en muchas de sus partes, aunque ciertamente tiene partes expresamente teológicas. De hecho, el filósofo cristiano, aunque se distinga del teólogo, no puede dejar de atender a la teología que lo ilumina.

Además, como lo hemos señalado, el filosofar cristiano de Aguayo tiene la particularidad de estar muy apegado al pensamiento del papa Juan Pablo II, quien también dedicó muchos esfuerzos a la filosofía, ya que es muy sabido que estudió filosofía en la Universidad Santo Tomás de Aquino, de Roma (el antiguo Colegio Angélico), situándose en la tradición fenomenológica, con una tesis sobre Max Scheler. Podemos decir que esto constituye una filosofía cristiana, un filosofar cristiano, ya de tradición. Y en esta tradición me parece que mercedamente se ha ganado un lugar prominente el filósofo mexicano Enrique Aguayo.

Hay que destacar la importancia de los escritos de Aguayo sobre historia de la filosofía en México: sistematiza la obra de filósofos mexicanos, por lo que cada libro de él es único en su género. Así, por ejemplo, no conocemos un texto que presente una visión panorámica, detallada y explicada, de la filosofía de Emma Godoy ni de la de Eduardo García Máynez; la obra de Agustín Basave es basta y original, pero, que nosotros sepamos, no ha sido estudiada con el detalle que lo está haciendo Aguayo. Por eso resulta importante ésta ardua e interesante labor.

MAIMÓNIDES LO INDETERMINADO Y EL SILENCIO

Mtro. Luis Rionda Arreguín
Universidad de Guanajuato

Como tradición oral la Cábala era entre los judíos la doctrina secreta que tenía la misión de explicar y establecer el sentido de los libros del Antiguo Testamento; constituía, en el aspecto místico, la raigambre del judaísmo. Opuesta a ella se encontraba la actividad racional, sustentada en la práctica de la filosofía neoplatónica o aristotélica, dirigida a esclarecer o demostrar la verdad revelada. Así se logró la fusión del judaísmo y la filosofía griega, de la fe y la razón. La Cábala y el neoplatonismo coinciden cuando sostienen que Dios no solo rebasa a todo conocimiento, sino que es imposible determinarlo; por consiguiente no es cosa determinada alguna, es "ninguna cosa".

Para Plotino, el fundador del neoplatonismo, Dios trasciende a toda cosa. En el orden ontológico ocupa el grado más elevado; es, simultáneamente, el Uno, el ser y el bien. Todas las cosas provienen del Uno por *emanación*. El primer grado de emanación es el Intelecto donde residen las ideas de Platón; enseguida vienen como segunda emanación, derivada del Intelecto, el *Alma del Mundo*, la cual su parte superior se abre al Intelecto de donde se origina, y su parte inferior gobierna el mundo material. El alma universal no solamente anima la materia sino también a las almas singulares. Estas, a su vez, están ubicadas entre el Intelecto y los cuerpos que informan. Finalmente, en lo más distante de la emanación se encuentra la *materia*, entendida por Plotino como un no-ser, como el último grado de emanación de lo Uno.